

DEL VALLE

COYOLICALTZIN

CUAUHTEMOC

PQ7140

V22

R.C.



1020028135

Handwritten text on a vertical strip of paper on the right edge of the book cover, possibly a library or collection label.



FONDO  
RICARDO OSVAREZ

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

32493



COYOLICALTZIN

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

32492

32493

EDUARDO DEL VALLE



COVOLICALTZIN

LEYENDA DEL SIGLO XV



100879

FONDO  
RICARDO COVARRUBAS

CAPILLA ALFONSINA  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. L.

MÉXICO

IMPRESA DE FRANCISCO DIAZ DE LEÓN  
Calle de Lerdo número 3

1887

32493

PQ 7140

V 27

M. Sr. D. Manuel  
Martinez Gracida,  
en testimonio de  
particular estimación  
de  
C. del Valle.

Nov. de 1887.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

32493



*A mi estimado amigo*

El Sr. Doctor D. Antonio Peñafiel,

E. DEL VALLE

México, Mayo de 1887

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



11

32493

M. 861

J.



## COYOLICALTZIN.\*

A mi querido padre el Sr. Lic. D. Pablo González Montes.

I

Formar una literatura nacional, una literatura que presente nuestro modo de sér, nuestro carácter, nuestras costumbres, que contenga nuestras tradiciones y los acontecimientos de nuestra historia; que describa nuestra naturaleza tan variada como virgen, y que refleje nuestro cielo sin igual; hé aquí la idea que hace algún tiempo se viene propagando por varios entendidos literatos, pero muy principalmente por el Sr. Altamirano, quien con sus consejos á sus amigos, sus lecciones á sus discípulos, sus escritos y su ejemplo, ha hecho cuanto ha podido para que se llegue á constituir una literatura propia entre nosotros, y muy par-

\* Este artículo fué leído por su autor en el Liceo Hidalgo la noche del 23 de Mayo de 1887.

32493

tiencularmente también por el Sr. D. Francisco Sosa, que con sus juicios literarios y sus innumerables biografías que ha escrito de nuestros compatriotas, ha sido muy digno colaborador del Sr. Altamirano.

Hasta hace pocos años nuestros poetas y escritores habían visto con demasiada apatía, y hasta con un censurable desdén, esta cuestión tan importante. No parece sino que dominados aún, ya que no por el poder, sí por las ideas de España, no se habían resuelto á proclamar la independencia literaria, como nuestros héroes proclamaron la política.

Y de ésto resultó que muchos de nuestros poetas, en vez de inspirarse en lo nuestro, no pasaban de ser imitadores de los ingenios y de los *no ingenios* de la Península; y los que se apartaban de esta senda en algunas ocasiones, no hacían otra cosa que traducir, como Pesado, composiciones extranjeras, ó rimar la Biblia, como Carpio.

Sólo honrosas y raras personalidades no siguieron esta regla tan común como general; sólo el *Pensador Mexicano*, al principio de este siglo, hacía surgir una literatura nacional escribiendo su inmortal *Periquillo*, su *Quijotita*, y otras obras que demuestran, que además de su gran talento, poseía el valor necesario para censurar los errores y la ignorancia en que nos tuviera una dominación tres veces secular; sólo el malogrado é inolvidable Rodríguez Galván, recogía nuestras tradiciones y registraba nuestras crónicas, para legarnos *El Privado del Virrey*, y Muñoz, *visitador de Méjico*, piezas dramáticas de las mejores de nuestro teatro, y cuyo mérito no se ha comprendido como se debe; sólo Don José de Jesús Díaz era uno de los primeros poetas que

cantaba á nuestras glorias patrias, como la salida de Cuautla, de ese gigante que se llamó Morelos, ó se inspiraba en las tradiciones y costumbres populares, para escribir leyendas como *La Cruz de Madera*; sólo Rodríguez y Cos emprendía un ensayo épico para producir su poema *El Anáhuac*; sólo Roa Bárcena estudiaba nuestra Historia para escribir sus bellas *Leyendas Mexicanas*, y sólo D. José María Esteva escribía sus inimitables poesías *jarochoas*.

Los demás de nuestros escritores y poetas, adolecían de la fiebre de las imitaciones, de la languidez de la poesía religiosa y de la poca novedad de la poesía erótica, que de no cultivarse por verdaderos genios, como Manuel M. Flores, tiene que ser trivial.

Pero vinieron mejores tiempos, y nuestros poetas y escritores, saliendo del enervamiento en que se hallaban, rompiendo con añejas preocupaciones, y considerando sin duda que nuestra literatura, para ser de mérito tenía que ser original y reflejar nuestra fisonomía propia, resolvieron inspirarse en todo lo nuestro, y fruto de esta resolución fueron las pocas novelas, dramas, poemas y leyendas que tenemos, y que pueden llamarse esencialmente nacionales.

Y entonces aparecen Altamirano y Cuéllar con sus originalísimas novelas; y Guillermo Prieto, que había sido uno de los pocos que rendía culto á una literatura propia, escribe sus odas pindáricas á la Patria, y sus romances populares, que más tarde reunidos forman la *Musa Callejera*, la cual había de preceder á ese monumento que levantó á los héroes de la Independencia, el *Romancero Nacional*; Peón Contreras, que en sus *Romances históricos mexicanos* explota las leyendas

de nuestra historia antigua y los acontecimientos más romanescos de la época virreinal; Castera, que baja á las minas, y con verdadero talento hace surgir de ese mundo subterráneo heroínas desconocidas y titanes del trabajo, para presentarlos en su preciosa colección de *Las Minas y los Mineros*; y en fin, otros varios escritores y poetas siguen su ejemplo, hasta hoy día, en que aparecen las *Tradiciones y leyendas mexicanas* de Riva Palacio y Peza, y los poemas de un poeta del cual vamos á hablar ahora.

## II

Nos referimos al Sr. D. Eduardo del Valle, autor de una leyenda caballeresca, *Las Arras de la Boda*, de una composición muy interesante y muy mexicana, *Lupe*, y de un inspirado poema, escrito en correctas y sonoras octavas reales, é intitulado *Cuauhtemoc*, poema que hace poco tiempo vió la luz, siendo acogido por todos con aplauso general, y al que le hizo justicia en un brillante y magnífico prólogo, el Sr. D. Ignacio M. Altamirano.

Bastaría tan sólo esta producción del Sr. Valle para conquistarse, como se ha conquistado, un lugar distinguido en la literatura patria; pero no dando tregua á su inspiración, acaba de escribir un pequeño poema, que si no se puede colocar á la altura del ya citado, sí el que ahora ha brotado de su infatigable numen poé-

tico, debe y deberá llamar la atención, por reunir á su mérito literario, el ser completamente nacional.

La nueva producción del Sr. Valle la intitula *Coyolicaltzin. Leyenda mexicana del siglo XV*, y aunque de cortas dimensiones, constituye un verdadero poema.

Al escribir *Las Arras de la Boda*, que tienen un argumento extranjero, leyenda que por otra parte es muy bella, el Sr. del Valle cometió tal vez un pecado que le censurarían los amantes de una literatura propia; pero de este pecado se absolvió él mismo con la publicación de su *Cuauhtemoc*, y ahora borra por completo las huellas que hubiera podido dejar semejante falta, con su último poema *Coyolicaltzin*.

En él ha tomado por argumento una de las más poéticas leyendas de nuestra historia antigua, sobre la cual sólo el Sr. D. Juan de Dios Villalón ha escrito algo, pues el resto de nuestros poetas la habían dejado olvidada, como otras muchas, entre las amarillentas páginas de nuestras crónicas.

No pretendemos hacer un extracto de la leyenda que ha servido de base para escribir *Coyolicaltzin*, pues si lo hiciéramos, tendríamos que ser difusos; así es que basta á nuestro objeto decir que los acontecimientos de ella tuvieron lugar en tiempo de Ahnizotl, cuando éste llevó sus conquistas hasta el señorío de los zapoteca.

El Sr. del Valle se ha ajustado, hasta donde es posible, á la verdad de la leyenda, tal como la refieren los historiadores, y no ha desperdiciado ningún detalle, por minucioso que fuera; ha sabido embellecerla en todos aquellos puntos en que es permitido al poeta suplir por medio de la imaginación lo que calla la cró-

de nuestra historia antigua y los acontecimientos más romanescos de la época virreinal; Castera, que baja á las minas, y con verdadero talento hace surgir de ese mundo subterráneo heroínas desconocidas y titanes del trabajo, para presentarlos en su preciosa colección de *Las Minas y los Mineros*; y en fin, otros varios escritores y poetas siguen su ejemplo, hasta hoy día, en que aparecen las *Tradiciones y leyendas mexicanas* de Riva Palacio y Peza, y los poemas de un poeta del cual vamos á hablar ahora.

## II

Nos referimos al Sr. D. Eduardo del Valle, autor de una leyenda caballeresca, *Las Arras de la Boda*, de una composición muy interesante y muy mexicana, *Lupe*, y de un inspirado poema, escrito en correctas y sonoras octavas reales, é intitulado *Cuauhtemoc*, poema que hace poco tiempo vió la luz, siendo acogido por todos con aplauso general, y al que le hizo justicia en un brillante y magnífico prólogo, el Sr. D. Ignacio M. Altamirano.

Bastaría tan sólo esta producción del Sr. Valle para conquistarse, como se ha conquistado, un lugar distinguido en la literatura patria; pero no dando tregua á su inspiración, acaba de escribir un pequeño poema, que si no se puede colocar á la altura del ya citado, sí el que ahora ha brotado de su infatigable numen poé-

tico, debe y deberá llamar la atención, por reunir á su mérito literario, el ser completamente nacional.

La nueva producción del Sr. Valle la intitula *Coyolicaltzin. Leyenda mexicana del siglo XV*, y aunque de cortas dimensiones, constituye un verdadero poema.

Al escribir *Las Arras de la Boda*, que tienen un argumento extranjero, leyenda que por otra parte es muy bella, el Sr. del Valle cometió tal vez un pecado que le censurarían los amantes de una literatura propia; pero de este pecado se absolvió él mismo con la publicación de su *Cuauhtemoc*, y ahora borra por completo las huellas que hubiera podido dejar semejante falta, con su último poema *Coyolicaltzin*.

En él ha tomado por argumento una de las más poéticas leyendas de nuestra historia antigua, sobre la cual sólo el Sr. D. Juan de Dios Villalón ha escrito algo, pues el resto de nuestros poetas la habían dejado olvidada, como otras muchas, entre las amarillentas páginas de nuestras crónicas.

No pretendemos hacer un extracto de la leyenda que ha servido de base para escribir *Coyolicaltzin*, pues si lo hiciéramos, tendríamos que ser difusos; así es que basta á nuestro objeto decir que los acontecimientos de ella tuvieron lugar en tiempo de Ahnizotl, cuando éste llevó sus conquistas hasta el señorío de los zapotecas.

El Sr. del Valle se ha ajustado, hasta donde es posible, á la verdad de la leyenda, tal como la refieren los historiadores, y no ha desperdiciado ningún detalle, por minucioso que fuera; ha sabido embellecerla en todos aquellos puntos en que es permitido al poeta suplir por medio de la imaginación lo que calla la cró-

nica, y ha animado á los personajes presentándolos perfectamente y con su carácter propio.

Hay en la leyenda trozos descriptivos de mucho mérito, como el del principio, en el que el autor nos presenta el valle de Oaxaca con su naturaleza tan exuberante y con sus producciones tan variadas.

Tiene escenas llenas de interés, como aquella en que la hija de Ahuizotl, llevada por poder de los dioses, se aparece saliendo de las aguas á Cosijoeza, y aquella otra en que los embajadores de éste se presentan al primero pidiéndole la mano de una de sus hijas; y como le hubieran señalado á la más querida y amada, se conmueve, y entonces el poeta pone en sus labios exclamaciones tan naturales, como las que debe prorrumpir un padre á quien se le priva de una de sus más preciadas joyas.

Nos ha llamado también la atención la manera tan nueva como bella, con que describe el Sr. Valle la estación primaveral.

En cuanto á la forma basta leer las estrofas del poema, para convencerse de que la versificación es fácil, correcta y sonora.

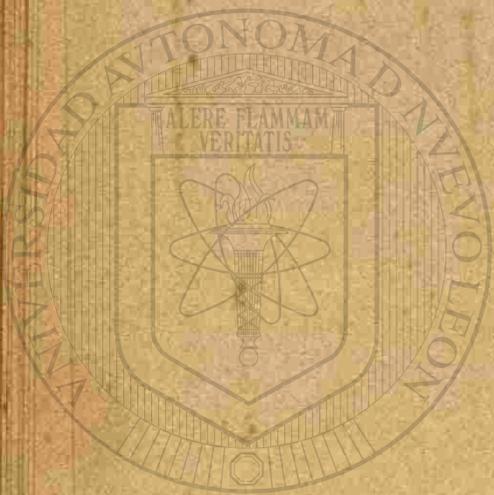
Tal es la impresión que produjo en nosotros *Coyolicaltzin* cuando esenchamos su lectura en una de las sesiones del Liceo Hidalgo; no hemos señalado los defectos que pudiera tener, porque éstos han de ser bien pocos, y además no fué nuestra intención formar un juicio crítico; sólo hemos querido en este artículo hacer notar, que el Sr. del Valle, con sus poemas que últimamente ha escrito, está contribuyendo á la creación de una literatura nacional.

Es, pues, digno de elogio el Sr. Eduardo del Valle,

y si prosigue en la senda que se ha trazado, es de presumirse que nuestra literatura le sea deudora, no sólo de su *Cuauhtemoc* y su *Coyolicaltzin*, sino de otras producciones de igual mérito y tan nacionales como éstas.

LUIS GONZÁLEZ OBREGÓN.

Mayo 23 de 1887.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Casi a mitad del vasto Continente  
Que oculto en Occidente  
Apartado vivió del Viejo Mundo,  
Un populoso reino se extendía,  
El cual logrado había  
Sembrar en los demás terror profundo.

El reino zapoteca se llamaba  
El que altivo imperaba  
Entre las otras bélicas naciones;  
Y que alcanzó, tras dilatada guerra,  
Acrecentar su tierra  
Al poder de atrevidos campeones.

Cosíozeza, príncipe guerrero,  
De corazón entero  
Y fuente de ejemplar sabiduría,  
Era el egregio rey que decidido  
E incansable, vencido  
A sus contrarios en el campo había.

32493

Desde Tehuantepec, que se alza ufano  
 Frente del océano,  
 Como atajando su impetu bravío,  
 Hasta el confin de la montaña agreste  
 Que se extiende al nordeste,  
 Abarca el zapoteca poderío.

Allí quiso poner Naturaleza  
 La espléndida belleza  
 De sus encantos y sublimes galas;  
 Todo es allí conjunto de armonía;  
 Allí la poesía  
 Tiende feliz sus atrevidas alas.

Están los prados fértiles cubiertos  
 De naturales huertos  
 En una eterna y dulce primavera.  
 Tiempla el ardor del clima la salvaje  
 Bóveda de follaje  
 Que crece exuberante y altanera.

Cruzan el reino selvas espaciosas  
 De maderas preciosas,  
 Sólo para las fieras accesibles.  
 Ricos metales guardan las entrañas  
 De las altas montañas  
 Que en su belleza son indescribibles.

Los frecuentados ásperos senderos  
 Son los desfiladeros  
 De la hilera de montes empinados.  
 De un lado está la altura formidable;  
 Del otro el espantable  
 Abismo con sus riesgos dilatados.

Surcan los valles, amplios y frondosos,  
 Los ríos caudalosos,  
 Que en el inquieto mar se precipitan.  
 Sus aguas, avanzando impetuosas,  
 En vueltas numerosas  
 Saltan, y se revuelven y se agitan.

Forman bosques los cedros elevados;  
 Sus frutos sazonados,  
 Dulces como la miel, la anana ofrece.  
 Cubren el ígneo sol de esos lugares  
 Extensos platanares,  
 Y garboso y altivo el mamey crece.

Del chirimoyo las abiertas flores  
 Esparcen sus olores,  
 La atmósfera caliente embalsamando.  
 Esbeltos se alzan los gigantes pinos  
 Que en los de los encinos  
 Sus ramajes están entrelazando.

Se cimbran arrogantes las palmeras;  
 Agitanse ligeras  
 Del ahucatl las hojas extendidas.  
 Forman tupidas cercas las retamas,  
 A cuyas verdes ramas  
 Están las trepadoras adheridas.

Brotan aquí y allá rústicas fuentes  
 De limpidas corrientes  
 Que al fértil suelo dan dieta colmada.  
 Aquí un arroyo bullidor serpea;  
 Más allá centellea  
 El golpe mujidor de una cascada.

Recorren de los montes la espesura  
 Rugiendo con bravura  
 El temible jaguar y la pantera.  
 Se arrastran en los mágicos pensiles  
 Venenosos reptiles  
 A cuya vista el corazón se altera.

Saltan sobre los riscos elevados  
 Ágiles los venados,  
 Que en vano el hombre á perseguir se lanza.  
 Saliendo apenas de su nido umbroso  
 El roedor medroso,  
 Su triste vida á conservar aleanza.

En sus aéreos rústicos palacios  
 Inundan los espacios  
 Las aves con alegre melodía.  
 El zánall, el zenzontli, el carpintero,  
 El clarín y el jilquero  
 Trasunto son de excelsa poesía.

Alza el madrugador su grato acento  
 Cuando en el firmamento  
 Apacible la luz apenas brota;  
 Y entonces el gorrion y el cuiltlacoche  
 Que terminó la noche  
 Anuncian á la par con dulce nota.

De esa nación completa la belleza  
 La excepcional riqueza  
 De un cielo de turquesas fabricado,  
 Cielo en que limpio el sol durante el día  
 Brilla, y en la sombría  
 Noche, está de carbunclos tachonado.

Pueblan el reino tribus indomables  
 Que altivas é incansables  
 Vencen en la batalla al enemigo.  
 Todo invasor en la montaña agreste  
 Sucumbió con su huete,  
 Hallando sólo vengador castigo.

El temible Ahuizotl, el soberano  
Del reino mexicano,  
Que sojuzgó á los pueblos y á los reyes,  
Llevó en són de conquista sus legiones  
Hasta aquellas regiones  
Para imponerles sus tiranas leyes.

Y dominó á los pueblos valerosos,  
Y tributos odiosos  
Impuso á los lugares conquistados.  
Estableció ciudades espaciosas  
En las vegas hermosas  
Que sirvieron de asilo á sus soldados.

Pero los pueblos libres, si oprimidos  
Se ven, no envilecidos  
Abandonan del triunfo la esperanza.  
Cada pecho, con ansia halagadora,  
Palpita por la hora  
Feliz de la legítima venganza.

El pueblo zapoteca, que sufría  
La dura tiranía  
Del terrible monarca mexicano,  
Dando oreces al odio y los rencores,  
Contra sus opresores  
Mortal castigo preparaba ufano.

Al fin lució la suspirada aurora  
Del triunfo, y en tal hora  
El pueblo quiso rescatar sus fueros.  
Numerosa y altiva caravana  
De gente mexicana  
Llegó al país cruzando sus senderos.

Del rey Cosijoeza los soldados,  
Obedeciendo airados  
Al odio que engendraran sus dolores,  
Sobre esa muchedumbre presto llegan  
Y sin piedad se entregan  
A saciar sus legítimos rencores.

Como suele, tras rudas sacudidas,  
Arrojar encendidas  
El volcán sus entrañas destructoras,  
Y la región del viento atravesando,  
Caen en tierra llevando  
Muerte y asolación aterradoras;

Y á su poder, que por momentos crece,  
Del hombre se estremece  
El corazón que fuera valeroso,  
Y falto de vigor y macilento  
No opone al elemento  
Voraz su resistencia poderoso;

Así los zapotecas lidiadores  
 Cayeron destructores  
 Sobre la sorprendida caravana,  
 Que no esperando tan feroz violencia,  
 También sin resistencia  
 Sucumbió al golpe de crueldad insana.

Llega á Tenochtitlán la nueva horrible,  
 Y espantoso y terrible  
 Apréstase Ahuizotl á la contienda;  
 Y le serán los númenes propicios,  
 Que humanos sacrificios  
 Antes llevó á sus aras en ofrenda.

Al mando de adalides valerosos  
 En grupos numerosos  
 Salen los mexicanos á campaña.  
 A su frente Ahuizotl, fiero y temible,  
 Llega al inaccesible  
 Sitio en que se alza la áspera montaña.

Penetra en Huaxyacac, y su denuedo  
 Siembra el terror y el miedo  
 Entre los sorprendidos pobladores.  
 Las tropas mexicanas avanzando  
 Van rápidas llevando  
 El exterminio en todos sus horrores.

Ni el templo consagrado á las deidades  
 Escapa á las crueldades  
 Que comete Ahuizotl en su ardimiento.  
 Pronto el sacro lugar es incendiado  
 Y luego derribado  
 En segura señal de vencimiento.

El mexicano ejército animoso  
 Recorre victorioso  
 De Huaxyacac á Mitla la distancia.  
 Aquí á los hombres da violenta muerte;  
 Más allá se convierte  
 En mar que se desborda en su arrogancia.

Y unas veces la sangre derramando,  
 Otras veces talando  
 Las miseras y quietas poblaciones,  
 La hueste de Ahuizotl á Mitla llega,  
 Y allí también se entrega  
 A nuevos y crueles baldones.

Después de ejecutar tal exterminio  
 Regresa á su dominio  
 Ahuizotl, deslumbrando con su gloria.  
 Cosijoeza entonces á su gente  
 Apresta, y de ella al frente  
 Marcha á la lid en pos de la victoria.

Acompañóle la voluble suerte,  
 Y por doquier la muerte  
 Llevando como el rayo fragoroso,  
 Al mexicano ejército escarmienta,  
 Y su poder se asienta  
 Otra vez más seguro y vigoroso.

Después de castigar al enemigo  
 Se prepara, al abrigo  
 De los baluartes que alza en la montaña,  
 A rechazar las fuertes agresiones  
 De las nuevas legiones  
 Que el soberbio Ahuizotl pondrá en campaña.

Su instinto de guerrero no fué vano:  
 Pronto el rey mexicano  
 Entra en la tierra numerosa hueste,  
 Que como el huracán irresistible  
 Con empuje terrible  
 Rauda camina á la muralla agreste.

De la sierra salvaje en la aspereza  
 El rey Cosíjoeza  
 Defiende con denuedo sus Estados;  
 Dilatada y tremenda es la campaña,  
 Pero el cielo acompaña  
 Del reino zapoteca á los soldados.

Las filas mexicanas, con bravura  
 Entran en la espesura  
 De las selvas de cedros y de pinos,  
 En cuyas quiebras lóbregas y estrechas,  
 De innumerables flechas  
 Reciben ¡ay! los golpes asesinos.

Otras veces atacan los guerreros  
 De Ahuizotl, los senderos  
 De la montaña, que es inaccesible,  
 Y allí con su valor que tanto abarca  
 El guerrero monarca  
 También contiene al invasor temible.

Prolóngase la lucha asoladora;  
 La legión invasora  
 Ceder no quiere en su tenaz porfía;  
 Pero el pueblo indomable no se aterra  
 Y sostiene la guerra  
 Con patriótico ardor y valentía.

Mientras el mexicano desfallece,  
 Del zapoteca crece  
 El ejército bravo y poderoso;  
 Se afirma en la montaña de Quiengola  
 Y su pendón tremola  
 En la cima el monarca valeroso.

Ni el hambre ni la sed truecan en miedo  
 El general denuedo  
 De esa nación para la lid nacida.  
 Agua le dan arroyos y cascadas,  
 Y viandas codiciadas,  
 Del contrario los cuerpos ya sin vida.

Quedan en la montaña abandonados  
 Los cuerpos desangrados  
 De los guerreros que en la lid perecen.  
 Dando indicio de bárbaros horrores,  
 Del sol á los fulgores  
 Las blancas osamentas resplandecen.

Clava el rey zapoteca su estandarte  
 En tetrico baluarte  
 Que estableció con cráneos en la altura,  
 Y mostrándole luego al enemigo  
 El espantable abrigo,  
 Señal le da de perdición segura.

Del soberbio Ahuizotl intimidados  
 Los feroces soldados  
 Tregna piden al gran Cosijoeza;  
 Y el indómito rey, que tanto puede,  
 Generoso concede  
 La gracia que se pide á su grandeza.

Mas no acepta la paz que con porfía  
 A proponer le envía  
 El altivo monarca mexicano.  
 Quiere, sediento de renombre y gloria,  
 Obtener la victoria  
 Al poder de su genio soberano.

En vano es que Ahuizotl, de su tesoro  
 Le mande en piezas de oro  
 Los más preciados y exquisitos dones;  
 No desciende de la áspera montaña  
 Y apresta á la campaña  
 Nuevos y numerosos escuadrones.

Dejando resguardada esa frontera  
 Conduce su bandera  
 Hacia Tehuantepec, y victorioso  
 A los cercanos reinos se encamina,  
 Y doquier ilumina  
 De su poder el rayo esplendoroso.

Torna á Tehuantepec, y la ventura,  
 Sonriéndole pura,  
 En su triunfal carrera le acompaña;  
 Y cuando al centro de su corte llega  
 A restaurar se entrega  
 Su vigor amenguado en la campaña.

Ovaciones, festejos y alegría  
 Ofrecen á porfía  
 Sus vasallos al rey afortunado.  
 Todo le brinda saludable calma,  
 Derramando en su alma  
 Un manantial de bienes encantado.

Junto á Tehnantepec, en la llanura,  
 Al pie de la espesura  
 De añosos fresnos de ramaje umbrío,  
 Entre silvestre lecho de amapolas,  
 Corren las breves olas  
 De trasparente y apacible río.

Cubierta con magnífica enramada  
 De flores, y alfombrada  
 Con blando césped, hállase una gruta  
 A la margen del río bullicioso,  
 En cuyo sitio hermoso  
 Bienestar inefable se disfruta.

Allí forman los pájaros cantores  
 Sus nidos con las flores  
 Entretejidas de luciente grama.  
 Se aspira allí un ambiente delicado  
 De aromas impregnado  
 Que eternamente la salud derrama.

Cuéntase que al poder de hermosa ninfá,  
 Que sale de la linfa,  
 Las hadas en la gruta se convocan;  
 Y que en aquel recinto concertadas  
 Alegres y animadas  
 Hechizan con su magia lo que tocan.

En la ciudad cercana se decía  
 Que al despuntar el día  
 O al ocultarse el sol en Occidente,  
 Todo el que ver su porvenir quisiera  
 A la gruta acudiera  
 A interrogar á la veloz corriente.

Y que nunca el oráculo divino  
 Mintió al que con fe vino  
 A escudriñar el porvenir oscuro.  
 Todos los que afanosos lo buscaron  
 Fácilmente sondaron  
 Las compactas tinieblas del futuro.

También Cosijoeza, altivo y fuerte,  
 Quiso saber la suerte  
 Que el destino inmutable le depara;  
 Y armado de la fe supersticiosa  
 De su raza, á la hermosa  
 Gruta á partir violento se prepara.

Reinando está la grata Primavera;  
 Su apacible carrera  
 Prosigue lento el murmurante río:  
 De inalterable calma se disfruta  
 En la encantada gruta  
 Que envuelta se halla en el ramaje umbrío.

La suave luz de la naciente aurora  
 El horizonte dora,  
 Las sombras de la noche disipando.  
 En las flores se ven líquidas perlas  
 Que con ansia á beberlas  
 Acude el chuparrosa revolando.

El trasparente azul del firmamento  
 Se alumbra en tal momento  
 A la luz de los astros tembladores.  
 Ténue arrehol en el Oriente asoma  
 Que la cercana loma  
 Abrasa con sus igneos resplandores.

De la gruta en el fondo, adormecido  
 Sobre el césped mullido,  
 Se encuentra el joven rey Cosijoeza.  
 Su horóscopo saber ambicionando  
 Llegó hasta allí, dejando  
 En la ciudad su terrenal grandeza.

Es fama que las ninfas y las hadas  
 Huyen de las miradas  
 De quien medroso de ellas desconfía;  
 Por eso si alguien á buscarlas llega,  
 Alentando se ciega,  
 Privado debe estar de compañía.

Un éxtasis sublime sorprendiólo  
 Al encontrarse solo  
 El rey en aquel mágico recinto.  
 Blando rumor se esparce en la enramada,  
 Que parece agitada  
 En tal sazón por hechicero instinto.

Música grata, de ventura llena,  
 Cadenciosa resuena,  
 De las aves los trinos semejando  
 Imprégñase la atmósfera de olores  
 Cual si todas las flores  
 Su pureza estuvieran exhalando.

Vapor sutil elevase del río  
 Formando en el vacío,  
 Frente á la gruta, caprichosa nube.  
 A veces se detiene en la llanura,  
 A veces á la altura  
 Con rapidez en espirales sube.

Toma perfecta forma de repente,  
 Y al resplandor ingente  
 Del sol que va á surgir en lontananza,  
 Mirase que el vapor, ya condensado,  
 Una ninfa ha dejado  
 Que sobre el agua cristalina avanza.

Esbelta, leve, aérea, vaporosa,  
 Cual la mujer hermosa  
 Que la mente soñando concibiera;  
 Maravilla engendrada por el cielo,  
 De perfección modelo,  
 Tal es la ninfa grata y hechicera.

Vertiendo luz, perfumes derramando  
 Va la ninfa avanzando  
 Hasta que el fondo de la gruta pisa.  
 Al joven rey acércase anhelante,  
 Y en tan sublime instante  
 Cabal vigor le da con su sonrisa.

Al volver del sopor Cosijoeza  
 Detiene en la belleza  
 De aquel sér misterioso la mirada.  
 Que sueña aún el joven se figura  
 Y dilatar procura  
 La ilusión de su mente acalorada

La ninfa entonces llega al soberano,  
 Y tomando la mano  
 Que éste sin resistencia le abandona,  
 Así le dice con el blando acento  
 Con que susurra el viento  
 Cuando en las verdes matas se aprisiona:

« ¡Feliz mortal, indómito caudillo;  
 De tus guerreros brillo  
 Y de tu patria formidable escudo;  
 A tí que eres el rayo en la batalla  
 Que mata cuando estalla,  
 Príncipe poderoso, te saludo! »

Sintió Cosijoeza á tal acento  
 De extraño sentimiento  
 Horribles y á la vez gustosas penas.  
 ¿Qué dulce encanto aquella voz tenía  
 Que circular hacía  
 Desconocido filtro por sus venas?

¿Qué inconcebible mezcla de delicia  
 Y dolor le acaricia,  
 Su sér rápidamente trasformando?  
 Siente que la visión fascinadora  
 Le atrae seductora,  
 El bien en su existencia derramando.

¿Qué tienen de la ninfa las miradas  
 Que en él están clavadas  
 Despidiendo una luz desconocida?  
 ¿Por qué siente en su pecho extraño fuego  
 Que consume el sosiego  
 Que disfrutó hasta entonces en la vida?

Fijando con ardor Cosijoeza  
 La vista en la belleza  
 De la ninfa que el ser le ha trastornado,  
 Dícele así con débil é insegura  
 Voz, á la que procura  
 Dar la expresión de su doliente estado:

«Hada, ninfa, visión encantadora,  
 Que en esta grata hora  
 Me das el bien robándome el sosiego,  
 ¿Qué poder misterioso en tí se abriga?...  
 ¡Ah! por piedad mitiga  
 El que en mí has encendido ardiente fuego!

«Sí, encanto de mi vida, yo te adoro  
 Y tu favor imploro,  
 Aunque sea tu amor un imposible.  
 Yo no sé si tu origen es divino,  
 Pero al verte adivino  
 Que sin tí mi existencia será horrible.

«Háblame por piedad; dime quién eres;  
 No más me desesperes;  
 Escucha bondadosa mi reclamo  
 Si á tanto tu poder supremo alcanza,  
 Da vida á mi esperanza.  
 Porque rendido y ciego yo te amo.»

Tal como la mujer enamorada  
 Envuelve en su mirada  
 Llena de bien al hombre á quien adora,  
 Y effluvios poderosos derramando,  
 Más y más va hechizando  
 Al mortal con su magia seductora;

Y al ver que con su encanto le fascina,  
 Que alcanzará adivina  
 El triunfo en el combate que sostiene,  
 Y á veces sonriendo, á veces triste,  
 En cautivar insiste  
 A quien ya Amor encadenado tiene;

Así la hermosa ninfa, sonriendo,  
 Su poder ejerciendo  
 Está en el rey altivo y valeroso.  
 Llamas de amor despiden sus pupilas  
 Que tiernas é intranquilas  
 Le ven, arrebatándole el reposo.

Compadecida al fin del sufrimiento  
 Del joven, con acento  
 Dulcísimo, que al príncipe embelesa;  
 Un bienestar inmenso derramando  
 En él, al ir hablando,  
 Así de nuevo la visión se expresa:

«No son, señor, las ninfas ni las hadas  
 Que tienen encantadas  
 Las mansas ondas del cercano río,  
 Las que llegar me hicieron á tu lado:  
 Es menos elevado  
 Que el de los genios el origen mío.

«Mortal soy como tú: de humana esencia  
 Proviene mi existencia,  
 Que no obedece á mágico misterio.  
 Coyolicaltzin soy, la hija adorada  
 De Ahuizotl, que impulsada  
 Hacia tí, deja el mexicano imperio.

«El valor indomable y la grandeza  
 Del rey Cosijoeza  
 Los ecos de la fama proclamaron;  
 Y al llegar hasta mí tales rumores,  
 Los más tiernos amores  
 Por ese rey en mi alma germinaron.

«Cedi al amor, y al encontrarme esclava  
 Sentí que devoraba  
 Todo mi sér de la pasión el fuego.  
 Imploré de los dioses la ventura,  
 Y hasta la azul altura  
 Llegó por fin mi fervoroso ruego.

«Los númenes propicios me ampararon:  
 Primero mitigaron  
 De mi pasión el sufrimiento odioso;  
 Después en blanca nube me envolvieron  
 Y amantes me dijeron:  
 «Vas presto á ver á tu futuro esposo.»

«En éxtasis divino sumergida  
 Sentí que extraña vida  
 Llena de bien de mí se apoderaba.  
 Rauda crucé campiñas deliciosas  
 Y montañas fragosas  
 Cuyo suelo mí pie jamás hollaba.

«Y luego, caminando en el vacío,  
 Llegué al cauce del río  
 Que cerca de esta gruta corre inquieto.  
 «Entra allí, me dijeron con ternura,  
 «Que allí de tu ventura  
 «Encontrarás el cariñoso objeto.»

« Penetré á este lugar, y enajenada  
Al verte, renovada  
Sentí de amor la llama adormecida.  
Mis ojos en los tuyos se miraron,  
Y la esperanza hallaron  
Que en mi dolor consideré perdida. . . »

« Coyolicaltzin, fuente de hermosura,  
Tú el bien y la ventura  
Con tu voz en mi sér has derramado! »  
Así interrumpe á la gentil doncella  
El rey, que está por ella  
En las redes de Amor aprisionado.

« Tu esclavo soy, prosigue; y si es mentira  
Lo que miro, ó delira  
Mi mente que benéfica recreas;  
Ya me halague un encanto misterioso,  
Ya un sueño delicioso,  
Hada, ninfa ó mujer, bendita seas! »

Fija Coyolicaltzin su mirada  
Dulce y apasionada  
En el que delirante la bendice;  
Y la mano del príncipe oprimiendo  
De nuevo, sonriendo,  
Con cariñosa voz así le dice :

« ¿ No sientes el calor del sér humano  
En mi convulsa mano?  
¿ Mi terrenal origen no adivinas  
En esta agitación que me devora?  
¿ Que á engañarte traidora  
He venido á tu lado te imaginas? »

« Yo soy una mujer ; te lo aseguro.  
No broté á tu conjuro  
De entre las aguas del sereno río.  
Del Anáhuac los dioses me trajeron.  
Porque calmar quisieron  
Las ansias de mi amante desvarío

« Calma tu frenesí, y óyeme atento :  
El mismo sentimiento  
De amor que mi presencia te ha inspirado  
Arde en mi pecho que por tí se inflama ;  
Una misma es la llama  
Que en nuestros corazones ha brotado.

« Siendo tú de mi padre el enemigo,  
Este amor que hoy bendigo,  
Antes, te lo confieso, me espantaba,  
Porque voz misteriosa me decía  
Que nunca llegaría  
A cumplirse la dicha que soñaba.

« Pero mi padre, cuyo nombre aterra,  
Cansado de la guerra,  
Su amistad poderosa va á ofrecerte;  
Si logras que ese dón del soberano  
Selle yo con mi mano,  
De nuestro mutuo amor harás la suerte. »

Sintió Cosijoeza á estas razones  
Crecer las ilusiones  
Que al mirar á la dama concibiera;  
Y tregua dando á su letal tormento,  
Con el vehemente acento  
De la pasión, le habló de esta manera:

« Coyolicaltzin, noble y soberana  
Princesa mexicana,  
Que reina debes ser de la hermosura,  
Bendigo de los dioses la clemencia  
Que trae á mi presencia  
Al sér de quien diuana la ventura.

« Esclavo del amor que en mí se encierra  
Doy término á la guerra  
Que acepté del monarca mexicano,  
A quien, libre de enojo y de rencores,  
Mandaré embajadores  
Con la paz y en demanda de tu mano. »

Dijo, y fijando en la mujer amada  
Su luciente mirada  
La envuelve en el fulgor de su ternura.  
Toma su breve mano, á la que llega  
Los labios, y se entrega  
A un dulce arrobamiento de ventura.

Así, en grato silencio, y confundidos  
De los dos los latidos,  
Amor con las miradas se juraron;  
Y conservando el cuerpo la pureza,  
Con celestial ternura  
Las almas de los dos se acariciaron.

Después Coyolicaltzin, anhelosa  
Cual leve mariposa,  
En derredor se agita de las flores.  
Toma de allí la esencia delicada  
Que tienen encerrada,  
Y en el príncipe vierte sus olores.

« ¡Adiós! le dice luego con dulzura;  
Mi amor que es tu ventura  
Te aguarda en el imperio mexicano.  
¡Quédate, adiós! tu esposa prometida  
Será reconocida  
Por el lunar que miras en mi mano. »

Dijo, y en ese arrobador instante,  
Mostrando al regio amante  
La señal que su mano contenía,  
En la nube se oculta de repente  
A la vez que en Oriente  
Claro y radiante el sol aparecía.

Espléndida despierta la mañana:  
De reluciente grana  
En fondo azul se extienden los celajes:  
Y es que, del claro día precursora,  
De su lecho la aurora  
Descoje los carmíneos cortinajes.

Sale la nube de la gruta al río  
En tanto que sombrío  
Queda en nuevo sopor el rey guerrero.  
El zenzontli, saltando en la enramada,  
Con voz enamorada  
Del día anuncia el resplandor primero.

Vuelve el monarca en sí y en torno gira  
La mirada; suspira  
Recordando el ensueño delicioso.  
Después, marchando en pos de la ventura,  
A salir se apresura  
Y á la ciudad dirigese anheloso.

La gran Tenochtitlán alborozada  
Se encuentra engalanada  
Ostentando sus múltiples primores.  
Cubren las casas verdes carrizales;  
Los lagos y canales  
Recinto son de palmas y de flores.

Llegan de la laguna á los confines  
Los flotantes jardines  
Que como islas de flores aparecen.  
De plantas aromáticas cubiertos  
Perfuman esos huertos  
El líquido cristal en que se mecen.

Del pueblo muchedumbre bulliciosa  
Recorre presurosa  
De la ciudad los públicos lugares.  
Imperan el placer y la alegría,  
Y todos á porfía  
Abandonan en masa sus hogares.

De los suntuosos templos las fachadas  
Están aderezadas  
Con tapices de nardos y de rosas  
Que el reino Xochimilca ha fabricado,  
Y en los que está expresado  
El júbilo en labores caprichosas.

Clamor inmenso súbito resuena  
 Que la ciudad atruena  
 Cual si bramara el huracán violento;  
 Y en ese graude y espontáneo grito,  
 Con ardor inaudito  
 La multitud expresa su contento.

Cruzando la calzada del Oriente  
 Avanza lentamente  
 A la ciudad lujosa comitiva.  
 Es del rey zapoteca el mensajero  
 De paz: y lisonjero  
 El pueblo lo aclamó con ansia viva.

Ahuizotl en su espléndida morada  
 Espera la embajada  
 Del que fuera en las lides su contrario.  
 Circunda el trono de sin par grandeza  
 La más alta nobleza  
 Que va á asistir al acto extraordinario.

Adornan el salón ricos festones;  
 En tazas y en jarrones  
 De áureo metal estréchanse las rosas,  
 Esparciendo su mágica fragancia  
 En la elegante estancia  
 Revestida de galas primorosas.

Para guardar el interior espacio  
 Del imperial palacio,  
 En formación se ven filas guerreras,  
 Ya al águila salvaje semejando,  
 Ya la forma tomando  
 De víboras, jaguares y panteras.

Se oye el són de los roncocs atabales  
 Que al pueblo da señales  
 De que abre su mansión el soberano.  
 La comitiva zapoteca avanza  
 Sembrando la esperanza  
 De la paz en el reino mexicano.

Del sumo sacerdote precedida  
 Es luego recibida  
 Por Ahuizotl la comitiva egregia,  
 Que ante el monarca excelso, reverente  
 Inclinando la frente  
 Va cuenta á dar de la demanda regia.

El saludo devuelve el soberano  
 Del reino mexicano  
 Al noble embajador de su enemigo.  
 Éste inclina de nuevo la cabeza  
 Sin ajar la grandeza  
 Que de su invicto rey lleva consigo.

Yérguese luego, y con la voz segura,  
 A la que dar proenra  
 Altivo tono, exento de jaectancia,  
 Se expresa así, los pechos conmoviendo  
 De los que van oyendo  
 Su natural patriótica arrogancia:

«Noble señor de Anáhuac; poderoso  
 Monarca del grandioso  
 Y floreciente imperio mexicano,  
 Dignate recibir benignamente  
 El liberal presente  
 De amistad de mi augusto soberano.»

Dijo, y á su señal la comitiva  
 En actitud altiva  
 Los ricos dones de su rey entrega.  
 Luego el embajador, vuelto hacia el trono,  
 En resonante tono  
 Estas palabras con calor agrega:

«Con delicadas plumas de colores  
 Que roban á las flores  
 Su inimitable mágica tersura,  
 Un manto á tu persona destinado  
 Encontrarás guardado  
 En esa piel de nítida blancura.

«En esos vasos de oro reluciente  
 Magnífico presente  
 Hallarás de preciosa pedrería.  
 Con ésto mi señor quiere expresarte  
 Su amistad, y mostrarte  
 Que iguala su riqueza á su osadía.

«Él acepta la paz por tí propuesta,  
 Y no porque funesta  
 La guerra debilite sus Estados;  
 Sabe que siempre por el patrio suelo  
 Lidiarán con anhelo  
 Los zapotecas nobles y esforzados.»

Oye Ahuizotl en actitud tranquila  
 La arenga; no vacila,  
 Y vence la emoción que le devora.  
 Luego, fijando suspicaz mirada  
 En la regia embajada,  
 De esta suerte se expresa en voz sonora:

«Gozoso acepto el liberal presente  
 De tu señor valiente  
 Que sus armas en lid midió conmigo.  
 La paz, que es de los pueblos la alegría,  
 Queda desde este día  
 Asegurada, con lealtad lo digo.»

Siente latir en tan feliz momento  
 Con ímpetu violento  
 Su corazón el bravo zapoteca;  
 Y luego, conmovido y anheloso,  
 Agrega presuroso  
 Con voz que la emoción en silbo trueca:

« Como firme señal de la alianza  
 Que da la bienandanza  
 A mi nación y al reino mexicano,  
 Demanda mi señor humildemente  
 Que benigno y clemente  
 De tu hija le des la augusta mano.

« No es de ambición el miserable ruego  
 El que turba el sosiego  
 Del generoso rey Cosíojeza.  
 En sueños vió el semblante de tu hija,  
 Y desde entonces fija  
 Tiene en el corazón su gentileza. »

Se estremeció Ahuizotl terriblemente;  
 Anublóse su frente;  
 Sus ojos en las órbitas giraron;  
 Lanzó su pecho tético gemido  
 Semejante al rugido  
 Del león que las redes sujetaron.

Inclina luego la viril cabeza;  
 Suspira, y con tristeza,  
 Pero guardando su imperial decoro,  
 Dice al embajador de su adversario  
 Que llega temerario  
 A arrebatarse su mejor tesoro:

« Siempre he sido leal: jamás mi pecho,  
 Vulnerando el derecho,  
 Obró, en sus arrebatos, con falsía.  
 He jurado la paz con mi enemigo,  
 Y ni rencor abrigo  
 Ni me impulsa cobarde alexosía.

« Me pides más que mi imperial diadema:  
 La ventura suprema  
 Que más mis ilusiones alentara,  
 Era morir con las miradas fijas  
 En mis amantes hijas,  
 Cuya presencia el bien me derramara.

« Pero no mi amistad ofrecí en vano:  
 Otorgo, pues, la mano  
 A tu señor de la gentil princesa.  
 Vas aquí mismo á contemplarlas luego,  
 Y que expreses te ruego  
 Por quién tu soberano se interesa. »

Dijo, y á su mandato poderoso  
Acude presuroso  
Un anciano de noble gerarquía.  
Sus órdenes recibe reverente ;  
Se marcha, y diligente  
De las princesas vuelve en compañía.

Son jóvenes las tres ; las tres hermosas  
Como las tiernas rosas  
Que nacen al llegar la Primavera.  
Tienen todas la magia reservada  
A su alcurnia elevada,  
Y en todas ellas el orgullo impera.

Del rey Cosijoeza el enviado  
Vacila contrariado  
Delante de las tres encantadoras.  
¿Cómo elegir podrá si son iguales  
Los rostros celestiales  
De aquellas hermosuras seductoras?

De pronto alcanza con sus manos bellas  
Una de las doncellas  
Su tocado de rica pedrería,  
Y muestra al zapoteca vacilante  
En ese breve instante  
Un lunar que su diestra contenía.

Mira el embajador al soberano,  
Y tendiendo la mano  
Hacia aquella bellísima princesa,  
« La joven, dijo, á quien mi rey adora  
Con pasión destructora,  
Y cuya mano te demanda, es esa. »

Sintió Ahoizotl la punzadora herida  
Que arrancando la vida  
Produce padecer hondo y prolijo,  
Y envolviendo á su hija más amada  
En su tierna mirada,  
Conteniendo su llanto así le dijo :

« ¡ Coyolcaltzin inocente y pura ;  
Alma de mi ventura ;  
Esperanza que en humo se convierte,  
Forzoso me es cumplir lo prometido,  
Aunque mi sér herido  
Sueumba al fin por espantosa muerte ! »

A la nobleza se dirige luego,  
Y con vehemente fuego  
Que más que orgullo majestad denuncia,  
Con voz solemne y distinguido porte,  
Conmoviendo á la corte,  
Estas palabras Ahoizotl pronuncia :

« Prenda es de paz mi idolatrada hija:  
 Felicidad prolija  
 A la nación dará mi sacrificio.  
 No siento, empero, torcedor aleve,  
 Que así es como obrar debe  
 Quien consagró á la patria su servicio.»

Luego al embajador, con voz serena,  
 Que ni dolor ni pena  
 Deja advertir, apresurado dice:  
 « Cumpló como monarca mexicano;  
 Es de tu soberano;  
 La otorga el rey, el padre la bendice.»



CUAUHTEMOC

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
 DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

32493

CAPILLA ALFONSO

DE LA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

« Prenda es de paz mi idolatrada hija:  
 Felicidad prolija  
 A la nación dará mi sacrificio.  
 No siento, empero, torcedor aleve,  
 Que así es como obrar debe  
 Quien consagró á la patria su servicio.»

Luego al embajador, con voz serena,  
 Que ni dolor ni pena  
 Deja advertir, apresurado dice:  
 « Cumpló como monarca mexicano;  
 Es de tu soberano;  
 La otorga el rey, el padre la bendice.»



CUAUHTEMOC

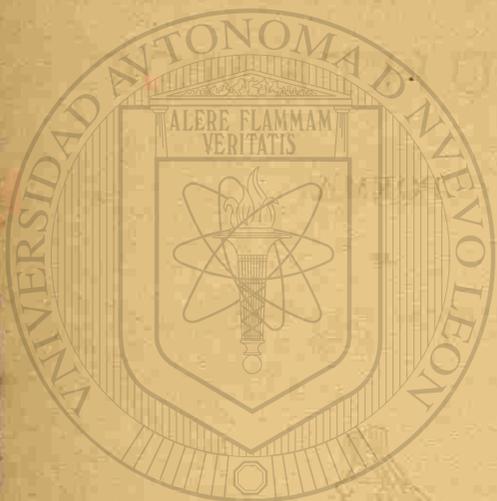
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
 DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

32493

CAPILLA ALFONSO

DE LA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

No 861  
V.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MÉXICO  
OFICINA TIP. DE LA SECRETARÍA DE FOMENTO  
Calle de San Andrés número 15.

EDUARDO DEL VALLE

# CUAUHTEMOC

POEMA

EN

NUEVE CANTOS



1886

CAPILLA ALFONSO  
DE LOS REYES

100

GENERAL DE

EC